

Biblioteca Films

LA LEY DE LOS PUÑOS

NÚM.

447

25

CTS



Tom Moore

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACÍA

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234 - APART. 707 - BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
CIUDAD. GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARÁ, NÚMEROS 14 Y 16

APARECE LOS MARTES

AÑO VIII

NÚM. 447

THE YELLOW BACK

1929

LA LEY DE LOS PUÑOS

Adaptación en forma de novela de la película
del mismo título interpretada por el gran actor

TOM MOORE

por MANUEL NIETO GALÁN

Exclusivas E. HUET

Concesionario de L. Gaumont

Paseo de Gracia, 76 Barcelona

REPARTO

O Mara	TOM MOORE
Elisa	Irma Harrison
Jules	Tom Santschy

Argumento de dicha película

LIBRERÍA ADOLFO

TÍTULO DE LA SUBRINACIA

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
VALLEJO, 1081, APART. 100, BARCELONA

DEPARTAMENTO DE VENTA Y DISTRIBUCIÓN
CALLE DE LA T. 18

PRIMERA PARTE

En las extensas llanuras del Canadá, donde los hombres se jugaban a diario la vida, se había elevado un pequeño pueblecito, llamado Lac Beauvais. Entre sus habitantes los había de todas las condiciones y sexos. Algunos eran seres renidos con la justicia, que habían elegido aquellos lugares como campo de sus crímenes y fechorías, para aprovecharse por la fuerza, del producto que otros lograban honradamente con su trabajo.

Entre los primeros se encontraba Jules, hombre peligroso, que tenía amedrentada toda la comarca, sin que la persecución de que era objeto, por parte de la policía montada, diera resultado alguno para detenerle. Se le achacaban varias muertes, aun cuando ninguna había sido posible probársela y él, viviendo en aquella impunidad, seguía haciendo de las suyas.

Sin embargo, a pesar de esta vida, Jules amaba, con el deseo propio de la posesión a

una hermosa muchacha de Lac Beauvais, llamada Elisa, quien había tenido la debilidad de creer las falsas palabras de amor de Jules, sin dar crédito a lo que de él se decía.

Criada en contacto continuo con el peligro, Elisa admiraba lo que creía valentía en Jules y éste, que lo había comprendido, procuraba siempre que ante ella estaba, armar alguna camorra, con el fin de dejar bien sentada su prestancia a los ojos de la muchacha.

Hacía días que Jules estaba ausente de Lac Beauvais, cuando el dueño del bar, un tal Loisel, el único quizás que no temía al bandido, recibió una carta de éste, en la que le decía:

"Mi querido Loisel: Llegaré a Lac Beauvais al mismo tiempo que recibirás esta carta. Te traigo bonitas pieles y una sorpresa para mi pequeña Elisa.

Jules"

Precisamente en aquel momento estaba allí la muchacha y Loisel, después de darle cuenta de la llegada de Jules, le dijo cariñosamente:

—Elisa, me causa dolor el que nunca me hagas caso, cuando yo te aviso de que ese Jules es un hombre peligroso.

—Todos dicen lo mismo de él—protestó Elisa— y sin embargo, Jules se porta muy bien...

—Naturalmente — exclamó el dueño del

bar—. Jules regala pieles y otros obsequios y te burlas de mis advertencias, que algún día lamentarás no haberlas creído.

—¿Parece que también usted le teme?—respondió riendo burlonamente la muchacha.

—Jamás he temido a ningún hombre—respondió Liosel—. Pero me desagrada la presencia de Jules en mi casa... Siempre anda buscando camorra...

Al mismo tiempo que tenía lugar esta conversación, Jules había llegado al pueblo y se había dirigido a casa de Elisa, para hablar con ella antes que con nadie.

El padre de Elisa era un pobre anciano achacado por una dolorosa enfermedad que lo tenía desde hacía tiempo postrado en el lecho, y al preguntarle Jules por su hija, le dijo:

—Bien llegado, Jules. Si buscas a Elisa no la encontrarás en casa.

—¿Dónde está?—preguntó Jules.

—Si vas al bar, allí la encontrarás.

Jules se dirigió directamente hacia donde le había indicado el padre de la joven y donde en efecto la encontró.

Al ver la muchacha que su novio iba herido en una mano, le preguntó sobresaltada:

—¿Qué te ha ocurrido?

—Nada — respondió sin darle importancia—; es un pequeño arañazo.

—¿Te has encontrado con la policía?—

preguntó sobresaltada Elisa, creyendo que fuese aquello una herida.

—Ya te he dicho que no es nada y piensa que la policía tiene muy buen cuidado de no encontrarse conmigo, por la cuenta que le tiene.

—Así y todo—replicó temerosamente Elisa—, no haces bien en venir aquí. Márchate antes de que la policía se entere.

El se encogió de hombros, como indicándole que poco le importaba y le regaló algunas pieles que traía para ella.

Compre usted hoy mismo

LA DAMA DE UNA NOCHE

por **FRANCESCA BERTINI**

UNA peseta ejemplar

Biblioteca Films. Apartado 707.-Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

SEGUNDA PARTE

Entre los que formaban el destacamento de la Policía Montada del Canadá, había un sargento, querido por todos sus compañeros y que en más de una ocasión había demostrado ser un buer sabueso para capturar a los delincuentes, y, además, un hombre a quien no hacía retroceder ningún peligro, por grande que fuese.

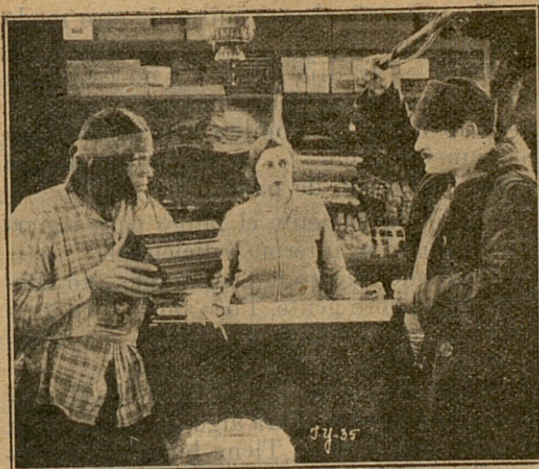
Una mañana entró un ordenanza a su departamento y le dijo:

—O Mara, el jefe tiene una misión que confiarle.

—Voy al momento—exclamó O Mara, dirigiéndose al cuarto del capitán, quien le dijo:

—O Mara, hemos podido averiguar que la muerte del sargento Felts fué hecha por Jules Breton. Los últimos informes señalan que se ha establecido en Lac Beauvais, captúrele, sea como sea, y tráigalo vivo o muerto.

—Cumpliré la orden, mi capitán — respondió el policía, sin pensar en lo difícil que era capturar a un hombre como Jules.



—No está bien que pegue así a un pobre hombre.

Minutos después, el simpático O Mara salió del campamento con dirección a Lac Beauvais, dispuesto a capturar a aquel sujeto, que había dado muerte a un compañero suyo.

Entre tanto, Jules seguía hablando con Elisa y atemorizando a cuantos estaban en la tienda. Un pobre indio que entró y osó mirarlo extrañado, fué objeto de los malos tratos de Jules, que mientras le azotaba con su látigo, le decía:

—Ya te enseñaré yo a mirar de otro modo a los blancos.

—Jules — le dijo Elisa —, no está bien que pegues así a un pobre hombre.

—Esto no es un hombre — exclamó despectivamente Jules —, es un indio, que no merece compasión de nadie.

Levantó nuevamente el látigo para pegarle, pero Loisel se interpuso diciéndole:

—He dicho que no le pegues más. No abuses de esta pobre gente. Poco tardará en presentarse aquí la policía y entonces, no es fácil que presumas tanto.

—Me río yo de un escuadrón de la Montaña—repuso Jules—. Para algo he dejado yo a mi indio vigilando... Tiene buen ojo y mejor rifle... No hay peligro.

—Pero ya sabes que se te acusa de haber dado muerte al sargento.

—¿Y qué? — exclamó encogiéndose de hombros—. Si le di muerte fué en defensa propia, y si aparece otro por aquí, usaré el mismo sistema...

Pero como si quisiera desmentir aquel acto de jactancia, en aquel instante se presentó el indio que siempre acompañaba a Jules y le dijo:

—¡Que viene un policía!

—¡Maldita sea! — exclamó Jules, buscando una salida.

—No te apures — le dijo el indio de nue-

vo—, aún necesita pasar varias curvas del sendero para llegar hasta aquí.

—Vámonos — le dijo Elisa —. Es mejor que no encontres.

—Bueno—exclamó Jules—, me voy porque tú lo quieres y yo siempre hago lo que deseas, pero no porque me dé miedo ese policía.

Loisel se echó a reír, adivinando el pánico de Jules y volvió nuevamente al mostrador, mientras salía la pareja de enamorados.

Cuando llegaron a casa de Elisa, ésta entró al cuarto donde estaba su padre y salió diciéndole:

—No hagas ruido. Mi padre está descansando.

Jules se sentó y Elisa se acercó a él y le dijo amorosamente:

—Sería mucho mejor que te marcharas, Jules. Me espanta pensar que puedes tener un encuentro con la policía.

—Es inútil que insistas, Elisa — respondió Jules, queriendo aprovechar el momento—. No me iré hasta que te decidas a marchar conmigo. Antes los viajes me distraían, no me importaba estar solo, pero ahora no soy feliz estando lejos de ti.

—Per yo no puedo huir y dejar a mi padre enfermo — respondió debilmente la muchacha.

—No te preocupes — insistió él—. Tu pa-

dre tiene buenos amigos que le cuidarán con solicitud.

Mas la joven se resistía a acceder a la demanda de Jules, y le respondió:

—No insistas, Jules; mientras mi padre viva, no le abandonaré:

—Pero yo no puedo consentir eso — exclamó Jules—. Debes venir conmigo. Tu padre no vivirá mucho tiempo y yo no puedo esperar más. Voy a tomar el camino del Norte, hacia la tierras del Hombre Muerto. Prométeme que si tu padre muere, te vendrás conmigo.

—Te lo prometo — respondió la joven abrazada a él—; pero tengo la esperanza de que mi padre curará pronto.

En aquel instante, vieron aparecer a O Mara, y Jules exclamó:

—Allí viene ese maldito policía. Más vale que me esconda, antes que tener que matarle.

Ella se le quedó mirando y le dijo sobresaltada:

—Jules, odio a la policía tanto como tú, pero no quiero que mates a nadie.

Mas antes de que pudiera esconderse, llegó O Mara y viendo a Jules, le dijo:

—Ya era hora de que nos viéramos nosotros las caras.

Por toda contestación, Jules se arrojó sobre él. Los dos hombres se abrazaron luchando denodadamente y pronto se dió cuenta O

Mara que tenía que luchar con un adversario pligrosísimo. Los golpes de unos y otros se sucedían rápidamente, hasta que Jules tuvo la suerte de asestarle uno que lo dejó sin conocimiento.

Sacó la pistola para rematarlo, pero Elisa se interpuso diciéndole:

—Déjalo y huye, antes de que vuelva en sí.

—Está bien — exclamó Jules—. Acuérdate de tu promesa y no me olvides, yo estaré esperando.

Montó a caballo y seguido de su fiel indio desapareció del poblado, dejando al policía en la casa de su novia.

TERCERA PARTE

Cuando O Mara volvió en sí, se encontró con que Elisa le cuidaba y mirándola agradecido le dijo:

—Muchas gracias, señorita, por sus atenciones. Creo que el llevar muchas horas de marcha y sin comer es lo que me ha debilitado.

—Yo le daré algo — respondió Elisa mirando interesada al policía.

Le sirvió la comida y O Mara empezó a comer tan precipitadamente, que Elisa le dijo:

—No es bueno comer tan aprisa, sargento... Coma despacio, que ninguna prisa tiene.

—Ya lo creo que la tengo — respondió el policía—. He de darme prisa para poder detener a su amigo.

Ella se echó a reír burlonamente y respondió:

—Para arrestar a Jules Breton, hace falta un hombre algo más... algo más hombre que usted...



Se abrazaron luchando denodadamente.

—Yo le demostraría lo contrario si supiese el camino que ha tomado.

—Tal vez yo pueda indicárselo — le dijo ella, con el fin de alejarlo de donde suponía que estaría Jules, el cual tenía que volver para recoger la comida del camino.

O Mara se quedó mirando a la joven extrañada y le preguntó:

—¿Y qué motivos ha tenido usted para

cambiar de opinión?... ¿Por qué ahora trata usted de traicionar a su amigo Jules?

Ella se acercó coquetamente a él y le dijo:

—Es que usted... es un hombre tan simpático, que no quiero dejarle mal ante sus jefes...

—Entonces dígame usted qué camino ha tomado. Usted debe saberlo.

—Ha seguido la carretera que va hacia el sur — le respondió Elisa.

—Muchas gracias — exclamó O Mara, fingiendo que había creído lo que decía.

Mas apenas se alejó un kilómetro de la casa, volvió hacia atrás, pensando que Jules volvería otra vez al lado de Elisa, para que ésta le diera cuenta del resultado de aquella conversación.

Y tal como lo pensó O Mara sucedió. Jules volvió a casa de Elisa, comió tranquilamente y cuando ya se iba a marchar, vió llegar a O Mara y se escondió en el cuarto donde estaba el padre de la muchacha.

Entró O Mara en la casa y Elisa le preguntó en tono burlón:

—¿No decía usted que iba a seguir la pista de Jules?

—Y eso es lo que hago—respondió el policía, fijándose en las dos tazas de café— Jules está aquí otra vez. Ha estado usted tomando café con él.

—Esa otra taza es de mi padre—respondió

sin inmutarse la joven— Jules está en el camino que le indiqué.

O Mara la cogió nerviosamente por la muñeca y apretando los dientes, le dijo:

—Si fuera usted un hombre, ya le obligaría yo a decir donde esta Jules—. E indicando la habitación del padre de la muchacha, le dijo nuevamente:

—Jules está en esa habitación.

—Ahí está mi padre, que se encuentra muy enfermo y no debe usted entrar, para no molestarle.

—Fues preguntaré a su padre, para ver si es más sincero que usted.

Y sin esperar a más entró seguida de ella, que temía que nuevamente se encontrarán los dos hombres. Pero el espectáculo que se ofreció ante ellos, fué el que menos podían imaginarse. Sobre el lecho aparecía estrangulado el pobre viejo y O Mara le dijo a Elisa.

—Ha sido su amigo quien lo ha matado, sin duda para que no pudiera hablar.

Elisa se arrojó sobre el cadáver de su padre llorando amargamente, mientras que O Mara intentaba consolarla inútilmente.

De pronto se irguió la muchacha y amenazando con los puños hacia el lugar por donde había desaparecido su novio exclamó.

—Ya se porque has hecho esto. Querías que lo siguiera y lo has matado para obligarme,

¡Pues yo te juro que te seguiré a donde sea hasta que pagues esta muerte!

—Yo la ayudaré—exclamó O Mara—. Si es verdad que usted quiere vengar la muerte de su padre, fie en mi y en la justicia.

Elisa, estrechó la mano que le ofrecía O Mara, al mismo tiempo que le decía:

—Seremos dos a buscarlo y a detenerlo. No le temo a nada, ni a nadie y ya verá ese maldito como se vengán las mujeres como yo.

O Mara interiormente admiraba el valor de aquella mujer. En aquel instante, arrebatada por la indignación, su semblante adquiría una expresión de extraordinaria belleza que la hacía aparecer ante el policía como una admirable.

CUARTA PARTE

Jules Breton tenía dos enemigos sobre sus pasos. O Mara como instrumento de justicia y Elisa, ansiosa de venganza.

Durante varios días los dos nuevos siguieron la pista de Jules, pero éste había apostado a su fiel indio Polote, con instrucciones de suprimir al policía, tan pronto como le echara la vista encima.

En su deseo de detener a Jules siguieron hacia las tierras del Hombre Muerto pero en el camino se encontraron con Polote, quien sorprendido por los perseguidores no pudo oponer resistencia.

O Mara intentó hacerle hablar, mas sin conseguirlo, hasta que Elisa, apoderándose de la misma arma del indio le apuntó con ella diciéndole:

—¡Si no quieres hablar, te mato como a un perro!

—Yo diré todo—respondió el indio—. Yo hablaré, pero no quiero morir.

—Tan cobarde como los de su raza—ex-

clamó despectivamente el policía—. Detenámosle y luego le haremos hablar.

Lo llevaron al poblado próximo y bajo la vigilancia de Elisa y O Mara quedó detenido Polote.

A medida que iban pasando los días, de un modo, que ni Elisa podía sospecharlo, la simpatía que sintió por el policía, fué trocándose en otro sentimiento más dulce y más fuerte. Comprendía la muchacha que nunca había amado a Jules y que el verdadero amor era el que le inspiraba O Mara. Este a pesar de sentirse también atraído por la belleza de la joven, jamás hizo alusión a sus sentimientos y siguieron unidos, aun cuando muchas veces sus conversaciones rozaban los límites de la amistad y amenazaban con adentrarse en confidencias más íntimas.

—Es usted un hombre muy valiente, señor policía... Estoy mudando de opinión.

—¿De verdad, que ya no me cree ningún cobarde?—preguntó sonriendo O Mara.

—Tanto que estoy arrepentida de que Jules consiguiera hacerme odiar a la policía.

—Ha sido una suerte para usted que yo pudiera llegar a tiempo de desengañarla—respondió el policía—. De esta forma se ha evitado usted serios peligros, a los que no merecía exponerse. Lo interesante es poder de tener a Jules.



—Yo diré todo.

—Yo creo que he encontrado el medio—respondió ella.

—¿De que forma?

—Me hará pasar por amiga de Jules y dejaremos en libertad a Polote y el se encargará de hacer caer en la trampa a Jules. Estoy segura de que él no sospechará nada.

—¿Y le parece a usted bien que yo la utilice como cebo para atraer a Jules?—preguntó rehusando O Mara.

Elisa se lo quedó mirando fijamente y al fin exclamó:

—Acaso tiene usted miedo de él? Un hombre que lleva esos galones no debe intimidarse por nada.

—Se explica usted—le dijo O Mara—como un capitán de la Montada, pero yo no puedo aceptar su propuesta.

La negativa de O Mara hizo nacer nuevamente en ella la sospecha de que el policía temía entrevistarse con Jules. Y aquella sospecha la desesperaba por dos sentidos, el uno por el mismo O Mara y el otro, porque comprendía que la venganza que tanto ansiaba no podría llegar a cumplirse.

Pero cuando una mujer del temple de Elisa está decidida a llevar a cabo algo, nada hay que la haga retroceder, y Elisa estaba dispuesta a todo, con tal de poder vengar la muerte de su padre.

Sentía hacia Jules un odio infinito y se creía capaz de darle ella misma muerte, sin necesidad de que O Mara la ayudase. Además el amor que sintió por el policía, se había debilitado en ella, creyéndole un cobarde.

Sin decirle nada, para evitar que pudiera impedírselo, aquella misma noche fué a donde estaba el indio y le dijo:

—Todo lo que he hecho ha sido para despistar a ese maldito policía.

—Ya me pareció a mí que la amita, no

podía engañar a mi amo—respondió alegremente el indio.

—Por nada del mundo le traicionaría—respondió ella—pero era preciso fingir ante él, si quería salvar tu vida y la de Jules.

—¿Y ahora que vamos a hacer?—preguntó el indio.

—Ahora yo te dejaré en libertad e irás a la Tierra del Hombre Muerto, para decirle a Jules donde me encuentro.

—¿Y se quedará usted aquí?—preguntó sorprendido el indio.

—Yo iré después—respondió la muchacha—. Tú le dices que me espere mañana en el café de Corrión, que yo procuraré escaparme de este hombre.

—¿Y si no puede?—preguntó el indio dudando de dejarla sola.

—Sí podré—aseguró ella de tal forma que el indio no dudó ya en marcharse.

Elisa lo vió alejarse por el campo y se dijo interiormente:

—El principio de mi venganza ya ha comenzado.

Luego entró a su cuarto y se puso a escribir una carta para O Mara.

Al día siguiente, al levantarse O Mara se encontró con una carta de Elisa, la misma que había escrito la noche anterior en la que le decía:

“Ayer le ofrecí la oportunidad de captu-

rar a Jules y demostró usted tener miedo. Yo misma voy a capturarlo a las Tierras del Hombre Muerto. — *Elisa.*"

Aquella carta dejó desconcertado a O Mara. No comprendía como Elisa había podido dudar de su valor nuevamente, cuando lo que él había querido darle a entender era que para capturar a Jules no quería exponerla a ningún peligro. Le pesaba más que nada aquella sospecha de Elisa, ya que él mismo tuvo que confesarse que estaba enamorado de la muchacha.

En los días que estuvo con ella había podido adivinar que Elisa no era lo que aparentaba. Interiormente era una muchacha, a quien las palabras y consejos de Jules habían estado a punto de llevar por mal camino. Afortunadamente para ella, el bandido se había descubierta a sí mismo antes de que la joven tuviera nada de que arrepentirse y O Mara se prometió a sí mismo salvarla del poder de aquel miserable.

Dispuesto a todo, antes que perder el afecto de Elisa, aquella misma mañana emprendió el camino de la tierra del Hombre Muerto.

Cuando ya había andado más de tres horas se encontró con un cazador y se acercó a él para orientarse hacia el lugar donde debía estar aquella tierra.

El cazador extrañado de que un policía no



—¿Ve usted aquella montaña?

supiese donde estaba la tierra del Hombre Muerto, le dijo:

—¿Como es posible que uno de la Montaña no sepa donde está el lugar que usted me pregunta?

—Es que soy nuevo en esta comarca—le respondió sonriendo O Mara—y este es el primer servicio que realizo.

—¿Sigue usted a algún malechor?—preguntó curiosamente el cazador,

—Voy detrás de un tal Jules—respondió el policía.

El cazador se rascó la cabeza y después dijo:

—Mal negocio lleva usted entre manos, amigo. Ese hombre es muy peligroso y debe usted tener mucho ojo con él.

—En peores casos me he encontrado y de todos he salido bien, ya veremos como salimos de este. ¿Me quiere usted indicar lo que le he preguntado?

El cazador señaló hacia una montaña lejana y le dijo.

—¿Ve usted aquella montaña?, pues al pie de ella, al otro lado se encuentra la tierra del Hombre Muerto. Es un sitio donde hay mucha caza y que está muy habitado. A ese Jules le encontrará usted en el café de Corrión, es su lugar favorito.

—Gracias, amigo—respondió O Mara tomando la dirección que le había indicado el cazador.

QUINTA PARTE

El mismo camino que él había seguido Elisa, hasta llegar a donde estaba Jules. Este, después de la muerte del padre de la muchacha, no las tenía todas consigo, pensando en que Elisa querría vengarse de él. Sabía por el indio que se había descubierto el asesinato del anciano y que sospechaban de él y por lo mismo esperó la llegada de Elisa, seguro de que la muchacha le tendía alguna trampa. Pero Jules estaba seguro de poder librarse de la celada que le tendía su antigua novia y además no veía muy difícil el poder llevársela, aunque fuera a la fuerza.

Por lo mismo la esperó en el café donde ella le había citado y al llegar Elisa quiso aislarse de los clientes del café y le dijo:

—Vamos arriba a una habitación, donde podamos hablar sin testigos.

No fué muy del agrado la proposición que le hizo Jules, pero para evitar toda sospecha

Elisa subió con él y una vez a solas, Jules le dijo sonriendo burlonamente:

—Te advierto que si te figuras burlarte de un zorro viejo, como yo pierdes el tiempo lamentablemente.

—¿Y quién te ha dicho que yo quiero burlarme?—respondió Elisa—. ¿No me dijiste siempre que cuando mi padre muriera, que me viniese contigo?

—¿Y solamente por eso has venido?—preguntó Jules.

—No te comprendo—respondió ella—. ¿Por qué me hablas así?... Te he estado esperando en Lac Beauvais y en vista de que tú no ibas por mí yo he venido a tí.

—Bien sabes que yo no podía ir—respondió Jules—. Después de la muerte de tu padre mi estancia allí era un peligro.

—¿Y qué tienes tú que ver con la muerte de mi padre?—le preguntó Elisa.

Pero aquel fingimiento no era bastante para despistar a Jules, que al fin exclamó:

—Elisa, sé que estás mintiendo. Sabes que el que mató a tu padre fui yo y lo hice para quitarnos de enmedio a ese estorbo que no hacía ya nada en el mundo.

La forma despectiva con que Jules hablaba de su padre, indignó de tal forma a Elisa que no pudo contenerse y exclamó:

—¡Eres un miserable! ¡Qué razón tenían todos cuando decían que eras un vil asesino!

—También tú lo sabías y no te asustabas—respondió riendo Jules—. Déjate de tonterías y celebremos nuestra entrevista.

Intentó abrazarla, pero ella lo rechazó violentamente diciéndole:

—No me toques o pido socorro a los de abajo.

—¿Y que adelantarás con eso?—exclamó Jules—. Todos se reirán de tí.

—Alguien me defenderá—exclamó ella.

—Si crees que es tu amigo el policía estás equivocada. Es demasiado cobarde para presentarse.

Nuevamente intentó abrazarla, pero ella logró ganar la puerta y corrió abajo, al salón del café. Jules tras ella, pero al llegar a la planta baja se encontró frente a O Mara, que había llegado ya.

—Me parece que he llegado a tiempo—exclamó riendo O Mara, al mismo tiempo que amparaba a Elisa, entre sus brazos.

—¿A tiempo de que?—preguntó jactanciosamente Jules.

—Te lo voy a decir en pocas palabras—respondió el policía—. Se que me has llamado cobarde ante tus amigos y seguramente lo habrán creído. Por lo mismo, antes de arrestarte voy a demostrarles que estaban equivocados.

O Mara se quitó la guerrera y continuó diciéndole:

—Al quitarme el uniforme, ya no habrá aquí más ley que la de los puños, con que prepárate a defenderte con iguales armas.

La lucha que se preparaba no podía ser más emocionante y todos rodearon a los contendientes, esperando ver al vencedor.

Los dos hombre se atacaron con furia y los golpes de uno a otro se sucedían, sin que ninguno de los dos dieran señales de vencido. Tan pronto era Jules el que estaba en el suelo como O Mara, pero inmediatamente se levantaban y la pelea seguía con igual furor que al principio.

A cada golpe que daba uno de los que luchaban, los que presenciaban la pelea aplaudían entusiasmados y esto le hizo comprender a Jules, que si intentaba usar alguna arma contra el policía, sus mismos amigos se lo impedirían.

Elisa, seguía angustiada aquella lucha, convencidos que O Mara tenía de todo, menos de cobarde, pues sus golpes más certeros que los de su adversario hacían prever una posible victoria por su parte.

Por fin, Jules se lanzó decidido a terminar de una vez, pero O Mara lo esperó tranquilamente y cuando el bandido levantó la mano, para darle un puñetazo, el policía se le anticipó haciéndole rodar por el suelo sin sentido.



—Hay que tener mejores puños que tú, miserable.

Una vez vencido volvió otra vez a vestirse y esperó a Jules para llevárselo. Poco a poco fué éste recobrando el sentido y O Mara le dijo, cuando aún estaba en el suelo:

—De esta forma habrás comprendido ya que para decir que es un cobarde un policía de la Montada hay que tener mejores puños que tú, miserable.

Elisa se acercó entonces a O Mara y le dijo:

—¿Me perdona usted la carta que le escribí?
O Mara se la quedó mirando, y expresán-

dole en aquella mirada todo el amor que por ella sentía le dijo :

—Yo le perdono a usted todo, Elisa.

—Ahora es cuando me he dado cuenta de que es usted un hombre valiente—siguió diciéndole ella—. Nunca más dudaré de usted.

—Y pase lo que pase—siguió diciéndole el policía—ya no discutiremos más, ¿verdad?

—Nunca más—respondió sonriendo Elisa.

Echaron a andar, llevando consigo al detenido y al llegar cerca del río le dijo O Mara:

—Lo mejor es que volvamos en una canoa por el río, en lugar de ir andando.

—Es mejor que vayamos por tierra—respondió ella.

—Tardaremos más—insistió O Mara.

—Pero iremos mejor.

—No lo crea—volvió a decirle O Mara—es preferible navegar.

—Pues yo digo que andando.

—Y yo que en la canoa—insistió O Mara.

—Repito que andando—exclamó otra vez Elisa, sin acordarse que había prometido no discutir más. Y O Mara viendo que la única forma de hacer que ella le obedeciese era demostrarle que el que mandaba desde aquel instante era él, la tomó en los brazos y mientras subía a la canoa, le dijo:

—EN LA CANOA!

Al sentirse en los brazos de O Mara, olvidó

ella toda la discusión y sonriéndole deliciosamente, le dijo:

—Iré donde quieras. ¿No comprendes tonto, que lo que yo quería era que me tomaras en brazos?

El abrazo fué más fuerte y mientras que la canoa se deslizaba río abajo, O Mara sentado junto a Elisa, empezaba a saborear la dicha del único amor que había sentido hasta conocerla a ella.

FIN

Editorial "ALAS" - Apartado núm. 707
B A R C E L O N A

Las grandes creaciones de
Imperio Argentina

y

Maurice Chevalier

solamente las
encontrará en

BIBLIOTECA FILMS

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

104 Páginas de texto-UNA peseta

EL TENIENTE SEDUCTOR M. Chevalier

EL DESFILE DEL AMOR .

SU NOCHE DE BODAS 1. Argentina

LO MEJOR ES REIR .

Selección **BIBLIOTECA FILMS** 50 Cts.

EL AMOR SOLFERANDO 1. Argentina

Selección **FILMS DE AMOR** 50 Cts.

CINÓPOLIS . 1. Argentina

FILMS DE AMOR 25 Cts.

LA CANCION DE PARIS M. Chevalier

EL CLIENTE SEDUCTOR

sketch por Imperio Argentina y Maurice Chevalier

Precio: 30 cts.

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS" - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

Cancionero Popular

32 Páginas de
texto: **30** céntimos
20 canciones cada cuaderno



CARLOS GARDEL
IMPERIO ARGENTINA
JEANETTE MAC DONALD
JOSE MOJICA
ROBERTO REY
B ANCA NEGRI-ALADY
ENRIQUETA SERRANO
FELISA GALE
CELIA GAMEZ
ORQUESTINA PLANAS
L. HARVEY - H. GARAT
MAURICE CHEVALIER
RAMPER
AZUCENA MAIZANI
MARIO VISCONTI
EL CANTE JONDO
DOLLY HAAS
LUPE RIVAS CACHO
MERCEDES SEROS
CUSTODIA ROMERO

PEDIDOS A

Editorial "ALAS"

Apartado 707

Barcelona